



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

LA MORA

ENCANTADA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalite
CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

A-4
2
24

LA BANDERA

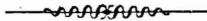
DE

LA VIRGEN DEL MONTE,

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

LA MORA ENCANTADA.

JUNTA DE ANDALUCÍA



BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Esc.

A-4

Tabl.

2

N.º

24

LA BANDERA

de

LA VIRGEN DEL MONTE

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

CONSEJERÍA DE CULTURA

LA MORA ENCANTADA



JUNTA DE ANDALUCÍA

LA BANDERA

R423

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

DE

LA VIRGEN DEL MONTE

6

LA MORA ENCANTADA,

Novela histórico-fantástica de la edad media,

POR D. MANUEL IBO ALFARO.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA



A la memoria de mis padres que sucumbieron
en un mismo día víctimas del terrible Cólera

¡EL ANGEL DE LOS JUSTOS VELARA SUS TUMBAS!

MADRID: 1856.

IMPRENTA A CARGO DE JOAQUIN RENÉ,
Travesía de la Parada, núm. 8.

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA



A la memoria de mis QUERIDOS PADRES. que sucumbieron
en un mismo día, víctimas del terrible Colera.

¡EL ANGEL DE LOS JUSTOS VELARÁ SUS TUMBAS!



ADVERTENCIA.

Al ofrecer al público una novela morisca, me ha parecido necesario insertar al fin algunas notas aclaratorias, para que sirvan de luz al lector que no se halle versado en la historia arábiga.

Como la religion, como los usos y costumbres del pueblo de la media luna, no solo difieren, si es que se hallan en abierta oposicion con los nuestros; separada hoy de nosotros aquella secta por el mar que divide ambos paises, y por el mar que divide ambas creencias, son enteramente desconocidos sus hábitos para el comun de las gentes, que sin duda alguna al pasar la vista por la novela que tengo el honor de publicar, mirarian, sin dichas notas justificativas, como estravagancias y ridiculeces, las supersticiones, la adhesion á los encantos y fantasías, que son tan comunes, y que hacen las verdades sociales y religiosas, acaso mas inconcusas, entre los sectarios de Mahoma.

Tambien presento por conclusion un catálogo que contiene todos los nombres de autoridades, empleos y dignidades que juegan en esta obra, con su respectiva traduccion al castellano.

En su virtud, suplico al lector que se tome la incomodidad de dar una ojeada por las notas que le indiquen los números ó asteriscos que vaya encontrando en el curso de la lectura, sin lo cual tal vez no pueda presentársele muy clara la inteligencia de algunos pasajes.

PARTE PRIMERA.

AMORES DE ZAHRA.

P.C. Mónumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

INTRODUCCION.

CERVERA DEL RIO ALHAMA:

En el centro de dos cordilleras de montañas, que tienen su origen en lo mas escabroso de Castilla la Vieja, y que replegándose la una sobre la otra, forman un seno impenetrable al parecer, de rocas, de cuevas y barrancos; nace un peñon aislado y gigantesco, mas alto, mas sombrío, mas escarpado que cuantos le rodean, del cual nos proponemos dar una explicacion detallada.

Destaca magestuoso sobre una frondosa, aunque pequeña vega. Su direccion es de Occidente á Oriente, contando mil ciento veinte piés de longitud, y quinientos de altura. Por el lado de Occidente lo enlaza un peñascal con una de las sierras principales; pero este peñascal, colocado entre el peñon y la sierra, es tan pequeño que forma con ellos un desnivel á manera de profundo foso; y por la cara del Mediodia ofrece un plano vertical, cuyo aspecto es imponente.

Aterra en verdad una masa tan disforme, una mole tan sombría, volando sobre su pié hácia el Sur, y amenazando ruina incesantemente con sus crecidos almendrones casi fuera de equilibrio.

Por la parte de Oriente se muestra cortado en visel, ó mejor en escalones naturales y de forma irregular. Por el Norte, se desvía en una rampa precipitada, que aunque escabrosa por las peñas que nacen de trecho en trecho; está cubierta de hermosa yerba, y termina en un hondo barranco que corre a lo largo del peñon, separándolo de otra série de colinas y montañas, que semejantes á encrespadas olas, se pierden á lo lejos en el horizonte Septentrional.

Este barranco, llamado el barranco de Tollo, tiene su origen en la cueva de Marimon, abierta por la naturaleza en el borde Occidental del referido promontorio; es decir, debajo del peñascal que lo enlaza con las cordilleras madres, pero en su cara del Norte. Por último, el barranco de Tollo, del que nos ocuparemos á su tiempo, marcha en la misma direccion del peñasco, lamiéndolo en su falda, hasta desembocar en la vega.

A lo largo de la base del gran peñon, que ya conocemos, y abrazándolo por tres de sus lados, se halla Cervera del Rio Alhama; y en su elevada cresta, que salida de aplomo se inclina hacia el Mediodia, se descubren con pavor las ruinas de un antiguo castillo.

Aquí conducimos al lector por un momento para examinar con facilidad la situacion pintoresca de un pueblo tan miserable; plantado en un valle profundo; agoviado por el peso de un monte que lo oprime; separado del resto del mundo por las cadenas de montañas que por todas partes le rodean; pero fecundo en inspiraciones para el poeta, abundante en monumentos para el arqueólogo, y lleno de misterios para el hombre.

Cervera del Rio Alhama debe su origen á la dominacion romana, en cuyo tiempo este pueblo estaba reducido únicamente al barranco de Tollo.

El imperio Musulman ensanchó sus límites, y le hizo correr hasta el borde Oriental de la peña, donde plantó su mezquita: y sin abandonar la falda de aquella, la cual le servía de defensa, lo iba subiendo hácia Poniente por su cara del Mediodia, á medida que las conquistas de la media luna, daban aumento á su poblacion.

El poder de los Arabes concluyó á su vez, y el pueblo Cris-

tiano tomó posesion de Cervera: convirtió en templo suyo la mezquita, y dió nuevo empuje á sus edificios, que siempre caminan al Occidente; pero que se olvidan ya del peñon y se dilatan alegres por la vega hasta las márgenes pintorescas del Alhama.

En el punto en que los moros dejaron la poblacion y la tomaron los cristianos, ha formado el peñon una inmensa concavidad, semejante á un dosel de piedra, donde las chinias que se desprenden con frecuencia, hacen el paso demasiado temible.

En este sitio, que es la señal divisoria entre los dos barrios únicos en Cervera, erigió la piedad cristiana una ermita dedicada á San Antonio, por cuyo motivo ha recibido la peña en aquel parage, el nombre de PEÑA DE SAN ANTONIO.

Con tales noticias, fácil será ya al lector formar una idea clara de Cervera, desde el borde del peñon en que lo hemos colocado.

Si dirige la vista hacia el Norte; despues de deslizarse suavemente por la rampa que forma la montaña, se estrella cien varas mas abajo en el barranco de Tollo; barrio miserable hoy, que abrazando el pié del peñon, ya marchando sin abandonarlo hasta el límite oriental de aquel, donde se dobla, y se dirige al Occidente por su cara meridional, sin separarse nunca de dicha base.

Ya ha visto el lector que Cervera, á escepcion de algunas callejas laterales que se dirigen á la peña, tiene una sola calle, que comienza en el barranco de Tollo, é interrumpida únicamente por algunas plazuelas, concluye en el fin occidental del pueblo, llamado las casas nuevas.

Tampoco tiene Cervera sino dos barrios principales; EL DE ARRIBA Y EL DE ABAJO: este concluye en la ermita de San Antonio, y aquí principia el otro, que termina en las casas nuevas.

Los dos barrios en que se divide Cervera, pueden y deben ser mirados como dos pueblos separados el uno del otro por ochocientos ó novecientos años. Su aspecto y su posicion lo estan indicando.

El barrio de abajo, ó sea el primitivo Cervera, miserable, de aspecto sombrío y de edificios ruines, está agachado debajo de la

peña, en cuya cúspide se descubren los restos del castillo que le servía de defensa.

La generacion que lo edificó, guerrera y poco culta, no buscaba sino una choza, un tejado donde cubrirse, y un aleazar con que defenderse. No así el barrio de arriba, el nuevo Cervera; construido en un siglo de paz, por una generacion industriosa, huye de la peña que lo agovia, busca las comodidades que apetece, y se disemina por una frondosa campiña en las placenteras orillas del Alhama.

Su aspecto es mas dilatado, mas risueño, pero menos valiente.

Entre los dos barrios, el de arriba y el de abajo, entre estos dos pueblos juntos, pero separados por la distancia de ocho siglos, se remonta la peña con su castillo, que elevándose sobre ambos, los domina á los dos. El antiguo Cervera mira aquel castillo con agradecimiento; el nuevo Cervera lo mira con asombro: el primero ve en él su cuna, el gigante que veló su infancia; el segundo ve la página mas viva de su historia.

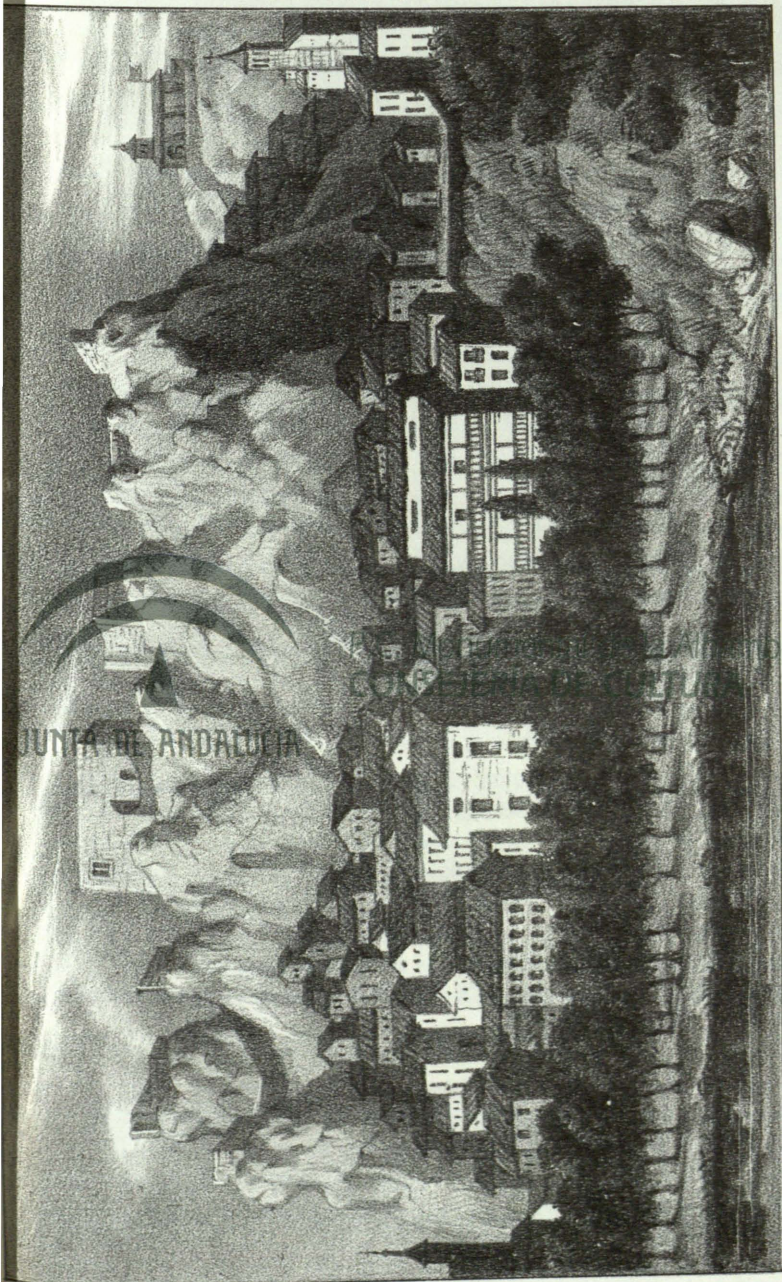
El que colocado en el borde de la peña se asoma hacia el lado del Mediodía, experimenta una sensación de terror que le hace retroceder un paso atrás. Ve abrirse bajo sus piés un abismo vertical de cien varas de profundidad, y ve dibujarse en su fondo el pintoresco pueblo de que hemos hablado.

Delante de él nace una pequeña vega amena y encantadora, cubierta de matas de olivares, poblada de bosques de frondosos árboles, y sembrada de jardines, entre los que descuella alguna que otra pequeña alquería.

Esta vega, este delicioso vergel, fecundizado por las aguas del Alhama, cuyo curso tranquilo sigue la direccion del pueblo entre arboledas de Olmos, recuerda las campiñas del Tempé, que tan bellas y agradables nos describe el historiador romano.

En la otra márgen del rio, y frente á la peña del castillo, comienzan á nacer nuevas cordilleras de montañas, que principiando en suaves pendientes, sembradas de yerba, de romeros y tomillos, terminan luego en crestas de piedra viva, yermas, escarpadas y de formas caprichosas.

Tras estas montañas se acumulan todavía otras montañas,



Litogr.^a de Castell,

Vista de CERVERA DEL RIO ALHAMA, tomada desde los montes de Mediodía.

Cost.^a de los Angeles, 22.

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

y en el último término, donde espira la vista, se levanta de continuo un vaporcillo diáfano, que se tiñe de rosa trasparente cuando por la tarde lo atraviesa el último rayo del sol al sepultarse en el horizonte.

Si desde el mismo peñon en que nos hallamos, dirigimos ahora los ojos al Norte, veremos al otro lado del barranco de Tollo, colinas sobre colinas, verdes y frondosas todas, pero que se precipitan las unas en las otras á manera de olas en un mar tempestuoso.

Digamos por último, que el clima de Cervera es benéfico y saludable. El invierno pasa por él fugitivo, como el disgusto por el corazon de un niño. Jamás falta la yerba á la oveja, ni á la cabra el tomillo. Si alguna noche se cubre el suelo de nieve, al dia siguiente aparece un sol radiante que la disipa. Los nevazos sirven allí únicamente para nutrir los manantiales, fecundizar las semillas y preparar una primavera hermosa, que destella bien pronto esmaltando de verdor los montes, de flores y de placer los valles.

Pero ya es hora de que nos ocupemos esclusivamente del castillo, centro y escenario de todos los sucesos que tendrán lugar en nuestra novela.

Si después de contemplar desde el borde de la peña las amenas florestas que hemos descrito, damos unos pasos atrás, y nos cerramos en el cerco de murallas arruinadas, donde solo se descubren restos demolidos de antigua grandeza, y un pedazo de cielo sereno; se experimenta una sensacion igual á la que experimentaríamos el que desde las alegres danzas del teatro, pasára súbitamente á la magestuosa solemnidad de un templo.

Dediquemos algunos renglones á este castillo, del que solo se puede juzgar en el siglo XIX, por los débiles vestigios que subsisten; restos magestuosos, últimos suspiros de un imperio poderoso que sucumbió.

El primer cerco de murallas que nos brindan con sus cimientos, única parte que hoy se conserva de ellas, es de piedra sillar; abraza en su ámbito, á manera de corona, toda la cumbre de la peña, y sigue su misma direccion, contando ocho cientos diez piés de longitud, medida de Occidente á Oriente; y

seiscientos de latitud de Mediodía á Norte, sin rebajar la curvatura del monte.

Los restos que por dicho lado han podido resistir al tiempo descubren un espesor de diez piés; están relegados en dos escalones, y media entre ellos y el barranco de Tollo, una altura de doscientos piés.

Siguiendo esta primera muralla hasta la cara del Mediodía, la veremos desplegarse en el borde del precipicio, ora enclavada entre dos almendrones, ora pendiente en un derrumbadero, ó sostenida en alguna profundidad aterradora por arcos de mampostería y hormigon, que descansan en gruesos contrafuertes de sillares, obra atrevida, que solo la intrepidez romana pudo acometer, y su constancia acabar.

Por la cara del Norte se conservan además los cimientos de una contramuralla, que sin abandonar la direccion general del castillo, empalma con la muralla en los extremos de Oriente y Occidente, dividiendo el plano del alcázar en dos grandes esplanadas, una al Norte ligeramente inclinada por la pendiente del monte, y la otra al Mediodía.

En medio de esta, que es la mas estensa, se levanta con orgullo la plaza fuerte, con sus cuatro cortinas de piedra sillar, casi intactas, despues de haber sufrido el peso de tantos años.

Cuenta la última ciento cincuenta y seis piés de longitud y noventa de latitud. En la cortina del Norte existe aun una puerta ogiva, y algunos indicios aunque débiles del torreón del homenaje, flanqueado en sus costados por dos pequeñas torres ó grandes bastiones que se pronuncian en los extremos oriental y occidental de dicha cortina, defendiendo tambien la plaza por aquel lado.

La misma cortina forma con la contra-muralla un corredor estrecho y sombrío que une dos planos, uno á Oriente y otro á Occidente, en que la plaza divide la gran esplanada de que ya hemos hablado.

La cortina meridional se ostenta de lleno en el borde de la peña, cortando por medio la muralla.

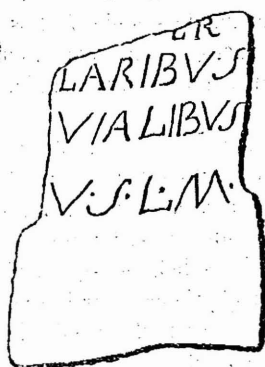
No la resguarda por este lado contramuralla, porque con solo su posicion, con el abismo sobre que vuela, desafía al enemigo:

no la flanquean baluartes ni rebellines, porque no los necesita, y se despliega arrogante y descarada como el siglo guerrero que la edificó.

En medio de la plaza tiene lugar la boca de un aligibe profundo: y tanto en aquella como en el resto del castillo, alternan con los fragmentos de muralla que aun existen, antiguos, benenables y tostados por el sol, algunas paredes de yeso, levantadas en distintas ocasiones durante la guerra civil, que mas parecen tapias de corralizas que lienzos de un alcazar. Son las tales paredes retazos de paño viejo cosidos á un manto de púrpura: son la pincelada de un embadurnador, dada con estupidez sobre un cuadro de Rafael ó de Murillo.

Este castillo se comenzó á edificar por los romanos, y se le dió mayor estension, y se concluyó por los moros.

Prueban lo primero, el hormigon de que están construidos los cimientos, conocido con el nombre de muralla romana; las monedas de plata y cobre que en varias escavaciones casuales, se han encontrado con el busto del César, y las muchas lápidas que aparecen enterradas en las ruinas, cuyo diseño, de las mejor conservadas, trasladamos fielmente á continuación.



Esta es una lápida votiva ó sagrada.

Sus dimensiones son tres piés y medio de altura y dos de

anchura. Las letras están abiertas á cincel, y falta parte del primer renglon. Votidas las cifras de dicha lápida, resulta esta inscripcion:

..... GIVES ROMANUS
LARIVUS VIALIBUS
VOTUM SOLVIT LIVENS MERITO.

Que traducida al castellano dice:

(Fulano) ciudadano romano, cumplió de buen ánimo, como debía, con el voto hecho á los Lares viales (ó Dioses custodios del camino.)

En todo tiempo, en todo lugar, y cualquiera que haya sido la inclinacion del hombre, siempre el hombre ha dirigido sus súplicas á la Divinidad.

Bien haya vivido este alumbrado por los claros resplandores de la religion verdadera, bien haya sido su espiritu fascinado por los bellos delirios de un caprichoso paganismo; siempre en sus necesidades ha levantado sus ojos á Dios, siempre lo ha invocado en su dolor, queriendo al propio tiempo aplacar su ira con promesas de sumision y de agradecimiento. He aqui el origen de los votos.

El pueblo romano fué mas dado que otro ninguno á esta especie de culto, de donde resulta tanta piedra y tan importante para la historia, como dejó en el suelo fértil de nuestra España, aquella generacion conquistadora y victoriosa.

Entre las muchas clases de lápidas que usaban los descendientes de Rómulo, ocupan el primer lugar las VOTIVAS ó SAGRADAS: llamadas votivas, porque eran el símbolo del cumplimiento de algun voto: llamadas sagradas, porque este voto se dirigia siempre al Dios ó Genio que gobernaba en la esfera de cosas á que pertenecia el peligro que estimulaba al hombre á hacer el voto.

La manera que los romanos tenian de escribir estas lápidas,

era tan variada como arbitraria. Unas veces solo grababan en ellas el nombre de la Divinidad á quien se dirigia el voto; otras el nombre de la persona que lo hacia y el de la Divinidad á quien se habia dirigido; otras el de la persona, el de la Divinidad y el motivo que ocasionaba el voto; y por último, solian grabar tambien el de la persona que lo hacia, los títulos ó categoría de dicha persona, el nombre del Dios ó Genio á quien se consagraba, y una manifestacion por final, de haber cumplido su ofrecimiento, cuyo último extremo casi siempre lo ponian en cifra.

A esta clase pertenece la lápida de que nos ocupamos.

En ella estuvo esculpido el nombre de la persona, el cual ha desaparecido por la fractura oblicua que hoy tiene la piedra.

En ella se lee todavía la categoría de dicha persona, *C. R. cives romanus*; los Dioses á quienes se ha dedicado la inscripcion, *LARIVUS VIALIBUS*, á los Dioses lares, y la protesta de haber cumplido su ofrecimiento, *V. S. L. M.*, *cumplió de buen ánimo, como debía con el voto hecho.*

Esta piedra se conserva hoy sirviendo de pesa en el reloj de una de las dos parroquias del pueblo.

Otra lápida no menos importante que la anterior podemos citar para probar nuestro aserto; pues aun cuando no nos es dado á nosotros presentarnos como testigos oculares, porque sin duda ha desaparecido del pueblo; hace mencion de ella D. Juan Francisco de Masdeu en su historia crítica de España; en la parte titulada *COLECCION LAPIDARIA Y NUMISMATICA DE ESPAÑA ROMANA, capítulo XV tratado DE LOS LARES*, en que dice así:

«En Cervera, la de cerca de Tarazona.»

:: ULLICI.
LARIVUS.
VIALIBUS.
V. S. L. M.

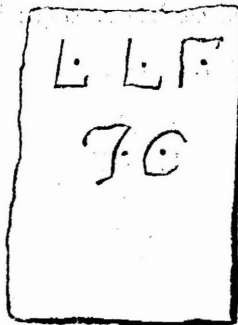
Ullicio cumplió de buen ánimo, como debía, con el voto hecho á los Lares viales.

«Esta lápida se descubrió casualmente en la villa de Cervera en el día 15 de noviembre de 1790, en ocasión que se renovaba el empedrado de las calles.»

Y después añade el mismo autor en una nota, que cuando apareció esta piedra se hallaba de corregidor en Cervera, Tragia, que fué quien le suministró tales noticias.

Estas dos lápidas, no solo prueban sobradamente el principio que hemos sentado, si es que hacen surgir de su interpretación un raciocinio nada violento, que llega á demostrar todavía, mas de lo que nosotros intentamos demostrar; y es que Cervera no solo fué pueblo romano, si es que fué un pueblo distinguido y entregado á la guerra: porque si en el paganismo romano, los Dioses ó Genios tenían repartido entre sí el gobierno de las cosas; y las lápidas se erigian á cada divinidad por haber librado al hombre de peligros correspondientes á su esfera de dominio, es claro que el país en que se encuentran muchas lápidas dedicadas á los Lares viales, es porque allí hubo muchos peligros de batallas, refriegas, etc., que únicamente tienen lugar en el campo y caminos. Así como cuando las personas que hacen los votos, son CIVES ROMANUS, ciudadanos romanos, como manifiesta la piedra cuyo diseño hemos presentado, el pueblo en que aquellas habitaban, era precisamente de una importancia regular.

Otra de las lápidas encontradas en las ruinas del castillo de Cervera es la que á continuación trasladamos:



Su forma, como se percibe por este grabado, es un paralelepípedo perfecto; sus dimensiones las mismas que las de la anterior, y se conserva incrustada en la fachada principal de la casa consistorial del pueblo.

La circunstancia de estar representadas por simples iniciales todas las espresiones grabadas en esta lápida, haría imposible su version si felizmente no viniesen en su auxilio la historia y las tradiciones.

Existe un precioso folleto traducido del latin, cuyo objeto es unicamente cantar las hazañas de dos valientes generales romanos llamados Luscio y Larcio, hermanos el uno del otro; los cuales despues de haber asombrado á su patria con su valor, se lanzaron intrépidos á las sangrientas guerras de España, donde continuaron orlando sus sienes con nuevos laureles arrancados á esta nacion arrogante y batalladora.

Asegura, por otra parte, una tradicion muy válida en el pueblo de Cervera, que la época mas gloriosa de su castillo en tiempo de los romanos, fué aquella en que sus jefes eran Luscio y Larcio, valientes generales que hicieron grandes conquistas en breves dias, pero que por fin sucumbieron en una refriega del modo mas horroroso; pues habiendo salido de su castillo al frente de una falange de guerreros en persecucion del enemigo, consiguió este por medio de una estrategia, arrollar dicha falange;prehendió en seguida á tan esclarecidos generales, y cortándoles sobre una piedra las cabezas, las arrojó dentro de su misma fortaleza.

El débil resplandor que puedan esparcir semejantes noticias es el único asidero que tenemos para descifrar la lápida en cuestion, que considerada artisticamente, puede ser HONORARIA ó IMPERIAL, porque á estas dos interpretaciones se presta con igual fundamento.

Si es imperial, y desciframos las iniciales que contiene, resulta esta inscripcion:

LUSTIUS. LARTIUS. FRATRES.

JULIO CESARI.

Que traducida y arreglada, á nuestra lengua dice:

Luscio y Larcio hermanos, la dedican á Julio Cesar.

En este caso la referida lápida fué el pedestal sobre que descansó alguna estatua de Julio César, dedicada por tan ilustres generales á su Emperador; manera de honrar á sus superiores, muy seguida entre los romanos.

Si la lápida es honoraria, debe interpretarse en este otro sentido:

LUSTIO LARTIO FRATRIBUS

JULIUS CESAR.

Que traducida y arreglada tambien á nuestra lengua, dice:

Julio Cesar hace honor ó merced de este Castillo á Luscio y Larcio, hermanos.

En tal caso la piedra debió ostentarse orgullosa, sobre alguna pirámide levantada al efecto en medio de la plaza fuerte, ó en la clave de alguno de los arcos mas severos del castillo.

Pero sea de esto lo que quiera: sea HONORARIA ó IMPERIAL la referida piedra, lo cierto es que del mismo modo que la anterior, prueba nuestro aserto; es decir, que el castillo de Cervera fué edificado y habitado por los romanos.

Para confirmar nuestro segundo principio, para hacer ver que dicho castillo fué ensanchado y concluido por los Arabes; se hace preciso recordar lo que hemos indicado en la descripción de los fragmentos de muralla que se conservan; esto es, que se hallan relejados en dos escalones. Ahora bien; el primero es el que presenta con su sombría magestad todo el caracter de obra romana; el segundo, mas delgado, mas fresco, está diciendo con su color, está espesando con su arrogancia veleidosa, que fué edificado en un tiempo mucho mas posterior. Lo confirman tambien, las consejas y cuentos tradicionales del pueblo, pero

para sentar con mas garantías nuestra opinion, será forzoso dirigir una mirada artística, aunque breve sobre este alcazar.

Las murallas que se conservan, estan divididas en su altura en dos secciones: la primera robusta y secular, la segunda mas airosa y mas moderna: la línea divisoria entre las dos secciones es muy marcada: en dicha línea comienza el primer golpe del *talus* ó rebaje; en dicha línea se lee el cambio de dos generaciones, de distintos huosos, de distintos gustos, de distinta construccion. La primera seccion de esta muralla digimos y probamos que es de romanos; la segunda sentamos que es de moros, porque no puede ser de romanos ni de cristianos.

No puede ser de cristianos, porque las almenas rompían lisas, sin *filete* en su punto de arranque que las separase de la muralla, circunstancia infalible en la construccion de los sectarios de Cristo; y si por ser dichas almenas simples *paraleleptedos* sin terminar en *tejaroces*, manera de edificar comun á moros y cristianos, no se puede afirmar que perteneciesen á la secta Mahometana, se puede afirmar en verdad, porque debajo de dichas almenas, en la muralla comprendida entre ellas y el arranque del *talus*, aparecen *ventanas gemelas*; y sobre todo, porque se despliega una gallarda *agiméz* con su airoso *parteluz* y su bonito *arrabea*.

Sabido es que en España no se conocieron las agimeces hasta que las introdugeron los árabes; sabido es tambien que sobre un cimiento arábigo no pudieron edificar los romanos; luego aquellas murallas sino pueden ser cristianas ni romanas, son precisamente arábigas.

A esta prueba negativa, pero de sólido fundamento, podemos añadir varias positivas. Primero, el hecho de existir como hemos visto, donde quiera que sea, ventanas gemelas y agimeces; segundo, el aljibe construido con ladrillo morisco; tercero, el torreón del homenaje de la misma piedra y del mismo tiempo que el *talus* de las murallas, el cual torreón estaba coronado por un órden de almenas cortadas en *impage* perfecto; y bien sabido es que solo la generacion arábiga ó morisca, dió en España á sus almenas la graciosa forma del *impage*.

Y si por acaso la arquitectura, esa sabia maestra que nos

enseña á leer en el libro de los monumentos y de las ruinas, rasgando ante nuestra vista el velo de los siglos; y que nos pone en comunicacion con las generaciones que dieron el ser á tantas y tan colosales maravillas arquitectónicas, que hoy asombran nuestro espíritu; si ella sola no fuera bastante para comprobar nuestra opinion; llamaríamos en nuestro auxilio á su hermana la historia, la cual refiere que en la batalla de Clavijo conquistó D. Ramiro I á Logroño, Calahorra y otros pueblos inmediatos que habitaban los moros. Cervera, pues, es un pueblo muy inmediato á Calahorra y á Logroño.

Otras mil pruebas pudieramos alegar en favor de nuestro aserto, pero omitimos este trabajo, porque cuando la verdad existe, se empaña su esplendor, acumulando pruebas en torno suyo.

Una vez probado que Cervera fué un pueblo habitado por los romanos y por los moros, continuaremos el hilo de nuestra historia.

El que un momento se haya entregado á sus reflexiones, oculto entre los escombros de la plaza de este castillo, habrá experimentado una sensacion mezclada de dolor y de sublimidad: ve en su fantasia precipitarse los siglos tras los siglos; ve hundirse con ellos mil generaciones florecientes un dia, y los restos solitarios que le sostienen, son la voz de todas ellas que le hablan desde el sepulcro comun. Cada siglo arranca una piedra de aquellas murallas; cada siglo levanta un monton de tierra mas en el suelo.

En el año 1850 se conservaba el torreón del homenaje, que nacia en medio de la cortina septentrional de la plaza; en el año 1854 las murallas estaban coronadas de almenas: el torreón se hundió; las almenas las rapó una compañía de zapadores con objeto de habilitarlo fuerte de moda en la guerra civil. El primero fué víctima del tiempo; las segundas de la moda; el tiempo y la moda despojaron de sus galas al castillo de Cervera; le arrancaron los dos símbolos de su antigüedad, símbolos que constituían su índole propia; que hermosaban sus ancianas ruinas llenas de espresion; que lo hacian un vehículo que enlazaba las generaciones existentes antes de Cristo, con las que vivieron

mil ochocientos años despues. Este castillo sin su torre, sin sus almenas, es un ente mutilado, un monumento sin vida; es una matrona vieja á quien han robado el arco y la aljaba, únicas prendas que conservaba de sus dias de gloria, de su bella juventud.

Si volvemos á colocarnos en la plaza fuerte, y salimos de ella por la puerta que mira al Oriente, marchando en la misma direccion, próximos y paralelos al borde de la peña, nos encontramos despues de haber andado una distancia de 240 pies, en un punto cuyos vestigios escitan la curiosidad de cuantos los visitan, á la par que son el objeto, ó mejor la fuente de todas las consejas y cuentos moriscos que se relatan en las cocinas de Cervera durante las noches inclementes del invierno.

Consiste en un retrete cuadrangular, abierto en el suelo, semejante á una pila de grandes dimensiones. Tiene cuarenta y dos pies de longitud, treinta de latitud y cinco de profundidad. Tres de sus caras son de tierra, y las forma el mismo corte que se proyectó para labrarlo: la cuarta, ó sea la que mira al norte, es una barrera de peña natural, una pequeña roca que se eleva bastante de la roca matriz.

En el ángulo que forma esta, con uno de los lados ó paredes de tierra ya descritas, se descubre oculta entre la maleza y la broza que allí se ha depositado, la boca negra y circular de una cueva abierta á pico, que dando su entrada al Norte, como la peña en que está practicada, se dirige ella derecha y horizontal, quince ó veinte pies hácia el Mediodia. Aquí se tuerce á la izquierda, y se hace tan angosta, que apenas puede penetrar á gatas un muchacho, hasta llegar á un cierto punto, donde todavía se estrecha mas, y convirtiéndose en un estrecho agujero, toma repentinamente la direccion vertical.

Si por este agujero se deja caer una piedra, se oye un ruido interrumpido por intervalos iguales, como si de trecho en trecho chocara con un cuerpo saliente, ó como si rodara por una escalera perpendicular: ruido misterioso á la par que imponente, que se debilita por grados, hasta perderse del todo en el abismo.

La cueva referida, tan particular y tan profunda, de la que

solo hemos dado un tibio bosquejo, es conocida entre los habitantes de Cervera con el nombre de CUEVA DE LA LUNA.

El papel que desempeñara cuando el castillo florecía, se ignora absolutamente; y hoy solo sirve para encender el terror en los niños, la curiosidad en los jóvenes, el misterio en las viejas.

El muchacho que se encarama por las peñas á robar sus huevos al cuervo, único habitante de tales ruinas, que anima con sus graznidos; retrocede asustado al acercarse á la cueva de la Luna: si la necesidad le obliga á pasar delante de ella, arruga la frente, frunce las cejas, la mira de reojo, y alarga el paso á medida que la deja atras.

El niño que llora en el regazo materno, calla tímido con solo pronunciarle al oido « la cueva de la Luna. » Y la abuela que entretiene sus nietos al derredor del fogon; les refiere mil consejas arrancadas de esta cueva, con que su madre adormecia tambien en otro tiempo su infancia: Ya supone encerrado en su fondo sin fin, un tesoro imponderable de ricas piedras del Africa; ya la presenta como guarida de una familia numerosa de ogros, que despedazan y se tragan á cuanta criatura humana se descuida en llegar á sus inmediaciones: ó mas benigna otras veces con los nietos que la escuchan, suspendidos de su voz, imagina á la cueva de la Luna la entrada engañadora de un palacio mágico lleno de delicias, donde habita hace muchos siglos cierta Reina mora, de hermosura sin igual, encantada por un mal Genio á quien negó una peticion exigente y atrevida, y condenada por él, á pasear eternamente en el silencio de la noche por las ruinas solitarias del castillo.

Tales fábulas se desean por el pueblo de Cervera, y sino se las crée, al menos se las oye con placer.

Los corredores sombríos que las originan; la boca imponente de la cueva, la imaginacion fantástica de los cerveranos, todo convida á ello. Oidas, desde la cuna tales consejas, se encarnan en el hombre con soberanía; conociendo despues los objetos tan apropósito que las producen, las llega á mirar el vulgo con alguna realidad: y esto hace que á nadie en Cervera le sea desconocida la cueva de la Luna, y que nadie haya dejado de subir

una vez por lo menos, á tener el gusto de contemplarla un momento.

Dirigiendo ahora los ojos hácia el Norte, desde el punto en que nos hallamos, se encuentra á primera vista, al otro lado del barranco de Tollo, una colina frondosa, elevada, y algo inclinada al Oriente, cuyas faldas se hallan cubiertas por miserables casucas de dicho barrio, y en cuya cima, que forma una plaza en óvalo, rodeada por un antepecho de pared y algunos árboles, se descubre un templo gracioso, dedicado á Nuestra Señora bajo la invocacion de LA VIRGEN DEL MONTE.

Su fundacion es desconocida, y aunque antigua, no lo es tanto como el castillo que se levanta á su frente, y entre cuyas dos laderas, la de aquel y la de esta, forman el barranco de Tollo; semejante al álveo sinuoso de un caudaloso rio.

En uno de los ángulos de la Virgen del Monte se levanta un pequeño campanario; y en el opuesto tremola constantemente una bandera blanca con una cruz azul, sobre una asta de madera plantada verticalmente en el borde del tejado, cerca de la esquina.

Todos los años se renueva esta bandera el dia de la Ascension, y los cerveranos no saben mas acerca de ello, sino que sus antepasados repitieron siempre la misma ceremonia.

Desde la ermita se baja por una calleja estrecha, pendiente, y que forma mil revueltas, á la iglesia de San Gil.

El dia mas solemne del año; hablo de aquel en que Jesus se elevó á los Cielos, se celebra en dicha parroquia misa solemne; á la que asiste en corporacion, el Ayuntamiento de la Villa.

A las diez de la mañana, concluida la misa, echan á vuelo las campanas de San Gil: inmediatamente responden con su voz de tiple los esquilones de la Virgen del Monte; y á la señal de este doble repiqueteo, de esta sinfonía, de este alegre de campanas, que el eco repite en las montañas multiplicándolo hasta lo infinito; sale de la referida parroquia una procesion acompañada del Ayuntamiento y una numerosa concurrencia. El procurador de la villa conduce, levantada en alto, la bandera blanca que va á sustituir á la del año pasado; y cantando el cabildo el himno que comienza

Salutis humanae Sator

va subiendo la procesion por una torcida calleja hasta la Virgen del Monte.

El capellan del santuario, la espera en la Capilla; recibe la bandera que le presenta el procurador, le entrega él un estandarte, y cantando la letania general de los Santos, vuelve la procesion por otra calleja á la parroquia de donde ha salido.

Entonces el capellan sube al tejado; arranca la bandera vieja destrozada por los aires, é hinca la nueva que comienza á flamear, hasta que á su vez la sustituye otra.

Una bandera blanca hondulando todo el año sobre un templo dedicado á la Virgen, al frente de los restos demolidos de un castillo de Mahoma; no puede menos de ocultar alguna significacion: el cambio que se hace de la bandera por el estandarte de Cristo, es espresivo, es misterioso; y sin embargo, Cervera permanece indolente á lo uno y á lo otro. Todos sus habitantes acompañan semejante procesion, y ninguno puede dar razon de ella: ni una sola vez les ha ocurrido preguntar: ¿Cuál es el origen de esta bandera...? ¿Qué representa este monumento que nos legaron nuestros abuelos? Las Musas y la historia toman á su cargo satisfacer esta pregunta. La segunda nos abrirá en cuanto pueda su seno de verdad; y las primeras alumbrarán con sus inspiraciones la oscuridad del tiempo.

Hé aquí el objeto de nuestra novela. Objeto que nunca se hubiera podido cumplir, si un incidente tan extraño como inesperado no hubiera venido en nuestro auxilio.

En una deliciosa y solitaria vega, distante una legua de Cervera, y en medio de la confluencia de dos rios, el Alhama y el Linares, cuya mansa corriente lame con suave murmurio las jóvenes alamedas que nacen á sus orillas, y sobre un suelo frondoso plantado de frutales; se levanta un viejo torreón almenado, de piedra sillar, sin mas labores que una puerta pequeña y algunas aspilleras abiertas con dificultad en sus gruesos muros para dar paso á la luz, ó para defenderse por ellas del enemigo.

Este torreón que de tiempo inmemorial está sin uso, alzándose magestuoso y severo entre el verde follage de la vega, siempre ha sido mirado con supersticioso pavor por los habitantes de las comarcas vecinas. Nunca se ha visto abierta su pequeña puerta de hierro: y el anciano pastor de los montes que lo circumbalan, refería á las zagalas con acento misterioso, que algo de particular y nada bueno, habría de ocurrir en tierra ó mar, el día en que Ser viviente penetrase en aquella fatídica morada.

Este día llegó por fin, mal grado de zagalas y pastores, y el tribunal de la justicia penetró en aquel pavoroso recinto, en busca de un criminal, no sabemos si sodomita ó parricida, que dentro de sus murallas se refugió. Y aunque todos los que entraron confiesan haber percibido cierto olor en gran manera desagradable, al fijar el pié dentro del torreón, y como un vértigo que contraía sus frentes; nada de particular encontraron en él además del reo que buscaban, sino un lío de pergaminos escritos, rollados, y casi ininteligibles, á pesar de estar colocados con esmero, en el agujero que formó el puente donde se afianzó algún andamio, en el remoto tiempo de su construcción.

En el primero de los pergaminos decía:

LEYENDAS DEL MORO GARSSI

ó sea historia del grande Als-gerib, nuestro Emir, durante su glorioso reinado en el castillo de Cervera; y de los amores de su muy hermosa hija nuestra Princesa.

El moro Garssi es el que habitó dicho torreón hasta la espulsion de los moriscos. Retirado en él con su familia, segun parece, y separado del pueblo cristiano, rendían culto en secreto al Profeta, y entretenían sin duda las noches en leer los dulces relatos de su pasada grandeza.

Estas leyendas las componen diez y siete cuentos prolijos, maravillosos y pesados, como toda la literatura arábica, correspondientes á los diez y siete años que ese Als-gerib reinó en

Cervera; y están dispuestos de tal modo que cada cuento puede ser mirado como la crónica particular de un año.

Estos cuentos son los que me han movido á escribir la verdadera y sin par maravillosa historia que publico: de ellos me he servido para la primera parte; y la segunda, me la han sugerido las muchas tradiciones documentadas del pueblo.

Es verdad á fé mia, que aunque con cierto temor, porque las cosas prodigiosas temerse deben, he hecho una especie de fusion del contenido de todos los pergaminos, y adoptando el estilo corriente con que en nuestros dias se escribe, y el lenguaje que en nuestra Patria se habla; he dado un nuevo corte con nuevas puntas, á la antigua y enmarañada historia del célebre Garssi; pero tambien es cierto, y sin empacho lo confiesa mi lengua, que al llegar á ciertos lances superiores á toda comprension humana; y al entrar en detalles de religiones que la mia no son; nada he querido poner de mi propia cosecha, y he llamado en mi auxilio al moro Garssi, copiando enteros algunos fragmentos de sus pergaminos. Y por cobarde al hacer esta confesion no se me tenga, porque el lector mismo dirá al llegar á tan inauditos portentos «bien obró el compilador cristiano en no meterse en tan oscuras profundidades que, ni á su religion, ni á sus creencias atañen.»

Aqui pues principia la curiosa historia de LA BANDERA DE LA VIRGEN DEL MONTE, ó lo que es lo mismo, de LA MORA ENCANTADA EN EL CASTILLO DE CERVERA.



CAPITULO PRIMERO.

EL CASTILLO DE ALS-JERIB, ABOU-ALHAMA. (1)

EN el siglo octavo se hallaba triunfante el poder musulman; (2) el imperio de Mahoma (3) era una águila gigantesca, que fija sobre la Cahaba, (4) cubria con sus alas el Oriente y el Occidente. La bandera de la media luna, levantada en la Meca, y empujada rápidamente por el impulso de sus conquistas, se desplegó bien pronto en el Asia, en el Africa, y en parte de la Europa. La España, envidiable por sus florestas, apete cible por su clima templado, escitó desde luego la codicia del leon africano; y como si el Mediterráneo rompiera sus diques, cubre una plaga de turbantes las deliciosas campiñas de Andalucía; acometen desenfrenados á los cristianos, y estos tímidos cual bandas de fugitivas corzas, corren á refugiarse en las cabernas mas ocultas del Norte; hasta que el estandarte desplegado en Covadonga, rehace su ánimo abatido; opone vigorosa resistencia al orgullo de los sarracenos; y entonces dan principio

- (1) Léase la nota 11 en su párrafo 2.º y 3.º
- (2) Nota 1.ª párrafo 12.
- (3) Nota 1.ª toda ella.
- (4) Nota 1.ª párrafo 17.

las continuas luchas entre las dos religiones; y entonces comienzan á teñirse de sangre, los rios plateados de la Iberia.

En el año 850 era Abderramen II dueño de casi toda la España, y señor de las fortalezas mas principales de ella.

Con estos ligeros detalles podemos ocuparnos ya del castillo de Cervera, para formar idea del cual, tal como se hallaba en la época de que hablamos, parece necesario recordar por un momento la descripción que hicimos de sus ruinas.

El primer órden de muralla que abraza dentro de sí el cabezo del gran peñon que le sostiene, se levantaba hasta la altura de doce pies, y estaba coronado de robustas almenas.

La contramuralla que se enlazaba con esta, en los puntos de Oriente y Occidente, se presentaba mas alta, menos gruesa y tambien almenada.

El plano comprendido entre una y otra, hacia el Norte, que formaba un cuadrilongo irregular, estaba cubierto de morales, almendros, granados, y otros árboles que asomaban sus copudas ramas por encima de las murallas.

En el centro de la esplanada que formaba la contramuralla con la muralla del Mediodia, nacida esta como ya sabemos, en el borde del precipicio, descollaba la plaza fuerte flanqueada en sus ángulos con dos robustos bastiones.

En medio de estos bastiones se levantaba el torreón del homenaje; y sobre este respetable torreón, tremolaba incensantemente a espensas de un céfiro sutil, la bandera blanca de los homiades.

En la época á que nos referimos el aspecto exterior del castillo de Cervera no era otro que el de un alcázar impenetrable. Murallas fuertes; herguidas contramurallas, severas torres, baluartes y rebellines, se presentaban de lleno al enemigo, cuando desde los montes vecinos fijaba en él su vista. Mas si por fuera ofrecia un aspecto tan sombrío é imponente, brindaba en su interior con todos los placeres y comodidades del palacio de un sultan.

Este castillo pertenecia al noble Als-jerib, á quien Abderramen habia nombrado su Emir, en virtud de ciertas circunstancias que el lector no desconocerá á su tiempo.

Als-gerib Abou-Alhama; era un respetable anciano de cincuenta años; y tenia una niña de diez y ocho; la hermosa Zahra que hacia las delicias de su padre.

Dicha niña, á quien Als-gerib amaba con frenesí, era el único motivo, merced á las supersticiones tan dominantes entre los moros, de que su padre, el heróico general, el vástago mas ilustre de todos los guerreros zenetes que tanto se distinguieron por su valor en las conquistas de España, sepultára sus timbres y sus laureles entre las murallas de un retirado Castillo; pero los goces que proporciona el amor paternal, son sin duda alguna, la palma mas agradable que puede coronar á un corazon tierno y sensible.

Poderoso Als-gerib, y obligado por el *destino* á vivir constantemente en un alcázar, si habia de conservar la preciosa vida de su hija, segun predijo la ciencia de los Elymas ó sábios del Asia; reunió en el de Cervera, todo el lujo, toda la grandeza y encantos susceptibles al poder de un soberano oriental, para dulcificar cuanto le fuera posible la juventud de su querida Zahra.

Con este motivo se habian herigido dentro de la plaza, en sus cuatro murallas, régias habitaciones cubiertas de oro y de seda, en que vivian los jefes de la escuadra militar al servicio de la Alcudia, ó dominios del poderoso Emir Abou-Alhama; los jefes solós, y de ningun modo sus mujeres, que habitaban en el pueblo por muy secretas razones que luego conoceremos.

El Emir ocupaba el primer piso del torreón del homenaje; y en el segundo, en lo mas elevado de la torre, estaba la cámara de su hija, dominando el castillo á la manera del nido de una tórtola que lo colocara debajo de las almenas: Y esto no carecia de designio; porque así para subir á dicha cámara, se hacia necesario atravesar primero las guardias de la torre, y cruzar despues la antecámara del Emir, lo que no podia conseguirse sin producir un ruido particular, gracias á la disposicion artificiosa del suelo. (1)

Aun cuando abusemos nuevamente de la paciencia del lector,

(1) Nota 2.^a

tor, le suplicamos nos acompañe un momento á reconocer las principales bellezas que contiene este castillo, comenzando por la torre, es decir, por las habitaciones del Emir y de su hija.

La entrada se verifica por una pequeña puerta ojiva que aun se conserva en el siglo XIX.

Un alfaraz destacado del cuerpo de guardia de la plaza, hace la centinela de la puerta. Su estatura es arrogante, su postura imponente, la mano izquierda descansa en el puño de la espada, y con la otra agarra una gruesa lanza que reclina sobre el hombro derecho.

Después de subir seis escaleras formadas, por otros tantos sillares, se llega á un pequeño retrete despojado de todo adorno, y sin mas luz que la que puede penetrar por una angosta visera practicada en la muralla. Aquí se abre en dos hojas una puerta de caoba, y se presenta á un golpe de vista la cámara del Emir.

Es perfectamente cuadrada. Un zócalo de pórfido la rodea por sus cuatro lados hasta la altura de cinco cuartas. En las paredes de hermoso alabastro aparecen esculpidos con extrema delicadeza, graciosos impages, primorosas lacerías, y alguna que otra ajaraca de difícil ejecución; entre los que se descubrían algunas inscripciones cúficas, pero tan habilmente combinadas con las líneas de los impages, y las hojas de las ajaracas, que solo el Emir, que estaba en el sentido de ellas, podía descifrarlas.

En cada ángulo de la cámara nace del suelo una robusta columna de mármol verde, con base de sardonía color de fuego, cuyos capiteles también de sardonía, reciben el pesado cornisamento de ébano con embutidos de marfil, sobre el cual descansa inmediatamente la techumbre, prodigioso artesonado de sándalo y de lit, entre cuyos relieves descuellan por su hermosura, algunas bovedillas compuestas de pequeñas conchas de colores, que un artífice árabe ha combinado con maravilla.

En cada lienzo de la habitación penden del cornisamento dos colgaduras de púrpura, que unidas en su arranque del arquitrave, se van separando después en pomposo pabellon, hasta enlazarse cada cual con la columna de su ángulo, y arrastrarse

luego todas con sus franjas y caireles de oro, por las ricas alfombras de Persia que cubren el pavimento.

Junto á la testera se ven cuatro cogines de terciopelo carmesí con borlones de oro colocados el uno sobre el otro; y próximos á ellos dos grandes pebeteros al apagarse, que exhalan por intervalos las últimas bocanadas de humo, que se va depositando en lo alto formando una atmósfera de fragancia.

No se descubren mas asientos que los cuatro cogines, porque todo el que penetre en la cámara del Emir, tiene que estar en pié.

Gabinete tan voluptuoso recibe la luz por una ventana agimeza alta, que á la par que da entrada á los rayos del sol, lo preserva de la intemperie con un vidrio morado.

Entre las molduras de una de las paredes de alabastro, que manifiesta su mérito á favor del sesgo de los pabellones; nace un colmillo de jabalí en forma de escarpía, donde cuelga un cuadro de diez pulgadas de longitud por seis de latitud, muy bien cubierto con un paño negro.

¡Qué cuadro tan misterioso era este para todos...! y ¡qué terrible para Abou—Alhama...!

Si del retrete ó antecámara del Emir, tomamos una escalera angosta y oscura, compuesta de diez sillares, nos encontraremos en la antecámara de la Princesa, igual en un todo á la de su padre. Una puerta de granadino conduce á su estrado, tambien cuadrangular y de las mismas dimensiones que aquel; pero cuya vista produce una impresion mas risueña y aduladora.

Lo entorna á la altura de una vara un zócalo de marmol blanco: las paredes están cubiertas por un tapiz tirante de terciopelo azul con flores de oro: sobre el zócalo nace un órden de erguidas y sutiles columnas de alabastro con bases de oro, colocadas de trecho en trecho á una distancia conveniente: sus capiteles asimismo de oro, sostienen un ligero arquitepe de caoba en contacto inmediato con el cielo raso: entre cada dos columnas, ó sea en los intercolumnios, hay espejos de cuerpo entero con marcos de marfil, grandes, pero no tanto que no descubran alguna parte de los tapices con sus flores de oro.

Del arquitepe cuelga un juego de pabellones flotantes de da...

masco blanco con franja de plata, cuyas ondas simétricas mueren antes de llegar al marco de los espejos.

El cielo raso, pintado al fresco por un pincel de Tunez, representa la hermosa vista de Argel naciendo en un bosque de naranjos y palmeras, que alumbra el sol desde el horizonte del mar, con su primer rayo que dirige al través de las nieblecillas de la mañana.

Este estrado era alumbrado por la luz mágica que producía el cristal estriado de la ventana agimez, descomponiendo aquella al atravesarlo, en sus siete colores maravillosos.

El pavimento lo cubría una alfombra de Toledo; y en los banquillos estalacticos de cedro con tapetes de grana, que rodeaban la cámara, se veían tirados al descuido, encajes de Valencia, gasas finas, plumas de la India, piochas de diamantes, ramos de coral, y otros muchos aderezos que contribuyen á embellecer la hermosura de una Princesa oriental.

A los lados de la puerta había sobre dos pedestales de jaspe, dos tiboles con macetas de flores de Cirene; de esas flores que segun espresion de los antiguos, llenan la atmosfera de perfumes, y el mar de fragancia: y á su frente, esto es, en la testera se hallaba la hermosa Zahra dulcemente reclinada sobre cuatro cogines de seda.

Con razon se tomaba por adagio su hermosura; y con razon se la miraba como una huri bajada del Paraiso al castillo de Cervera.

Su rostro era largo, blanco, y despedía ese pudor atractivo que imprimen en un corazon tierno las diez y ocho primaveras. En sus megillas se veía el color de la rosa: en su frente la palidez de la azucena; y al caer lánguidamente sus parpados, aumentaban la gracia adormidera de sus ojos negros y sensibles. Bajo el turbante blanco que ceñía sus sienas, con una diadema de esmeraldas en la delantera, se deslizaba su negra cabellera en largas trenzas que al replegarse luego detras de las orejas, velaban en sedoso pabellon, las purisimas facciones de su semblante.

El brazo derecho, recostado en un cogin, sostenía con la mano su cabeza ligeramente inclinada de lado; y los piés, tirados al desden, se perdían sobre una alfombrilla de damasco.



Litog.^a de Castell.

Cost.^a de los Angeles, 22.

ZAHRA.

Calzaba zapatillas de grana bordadas en plata: en la garganta del pié, se prendía con sartas de brillantes el anchuroso pantalón blanco, que desde la cintura bajaba en apiñados pliegues. Un justillo de terciopelo azul escotado descubría, al través de los encajes de la chambra interior, el pecho blanco como la leche, donde se sentían las palpitations de su inocente corazón.

Una faja de seda verde con caireles de perlas, ceñía su veleidosa cintura; su manto ó capellar azul, con medias lunas de oro, le cubría el hombro izquierdo, viniendo á replegarse bajo la rodilla del mismo lado; y con la mano libre ajaba distraida las flores de un macetero que tenía delante.

La hermosura de Zahra, no solo era conocida en el pueblo de Cervera: cerrada esta niña en el castillo como en su jaula dorada, volaba su fama por la España entera; y de Córdoba, de Toledo, de Sevilla, habian venido mas de una vez, nobles árabes á visitar al Emir Abou-Alhama, por tener la dicha de conocer á su hija.

Si el Tetrarca hubiera vivido en su tiempo, no hubiera rendido ciertamente su corazón ante la Laura; si el Dante la hubiera conocido, no habría cantado las bellezas de la Beatriz; no hubiera amado á la Fornarina Rafael, si hubiera visto un solo momento á Zahra. La Laura, la Beatriz, la Fornarina comparadas con la mora, no son notabilidades, son unas hermosuras de segunda clase.

Entre las muchas gracias de Zahra, sobresale por su poder para con el hombre, un sentimiento tal de ternura que anima su rostro, desconocido hasta ella, y que después solo se ha conservado en las Vírgenes de Murillo.

Continuaba la jóven Princesa sin otro pensamiento que la flor que ajaba con su mano, cuando abriéndose la puerta apareció el anciano Alfar, quien despues de inclinar la cabeza hasta la cintura, dijo con respeto:

—El Emir Abou-Alhama sube á visitaros.

Y se retiró.

Zahra se incorporó al instante; y arreglándose el manto con desden, se levantó para abrazar á su padre, que la estrechó cariñosamente entre sus brazos.

Era el Emir un señor de cincuenta años, de aspecto grave y severo; pero al acercarse á su hija se trocaba insensiblemente su gravedad en dulzura y alegría.

Se sentó sobre los cuatro cogines que le presentó Zahra; y arrellanándose ella en la alfombra, apoyó los brazos en los muslos de su padre, mirándolo con cariño al rostro.

Mientras se saludan el Emir y la Princesa; mientras dan libre curso á la efusion amorosa de sus corazones; acabemos nosotros de recorrer el castillo para observar, aunque de ligero, todas sus preciosidades.

Saliendo de la plaza fuerte por la puerta de Oriente, donde está el centinela de la guardia, y marchando en la misma direccion, la distancia de doscientos cuarenta pies, por el paseo de arena cernida que forman dos espalderas de tamariscos de boj y de rosales paralelos al borde de la peña, nos hallaremos en un pequeño jardín cuadrangular. hundido cinco piés bajo el nivel del suelo y rodeado por una balaustrada de bronce con pilastras de mármol.

En medio de aquella aglomeracion de flores diferentes se levanta el baño de Zahra, digno en verdad de que lo describamos.

Cuatro erguidas y sùtiles columnas de mármol negro, plantadas en el suelo, dibujan un recinto cuadrado de diez piés de longitud por ocho de latitud.

En sus capiteles descansan cuatro perchas que cubre un toldo de pieles de Oso unidas unas á otras con perfeccion.

De este toldo hay suspendidas cuatro cortinas de la misma piel, que forman las paredes, sujetas en los ángulos por gruesos cordones de oro.

Esta tienda tan brusca en su exterior, es toda bellezas por la parte de adentro.

Flotantes tapices de seda blanca cuelgan de las perchas. Un manto de escarlata la cubre por encima: y de la union del manto con los tapices, se desprenden con gracia arabescos y guirnaldas de rosas artificiales.

En medio del marmóreo suelo, cubierto por rica alfombra, se ve enterrada, solo hasta la mitad, segun costumbre morisca,

la pila de bañarse, que consiste en una gran taza ovalada de alabastro bruñido: y al derredor de la taza, junto al remate de los tapices, hay multitud de cogines de diversos colores.

— Cuando la tienda está herméticamente cerrada, no se oye desde dentro ruido, ni se ve la luz: pero si el tiempo es placentero, y se sueltan los cordones de oro; penetra por las juntas de las cortinas, un céfiro embalsamado con la fragancia de las rosas, que agita los cabellos de Zahra húmedos y lustrosos; que sacude los encages de su chambra, y descubre su pecho blanco como la pila de alabastro, trasparente como el agua en que se baña.

— En uno de los ángulos de este pequeño vergel que miran al Norte, se abre una puerta de bronce que dá entrada á una habitacion larga y estrecha, picada en la roca viva.

Esta habitacion, destinada entonces á conservar los vasos de unguento de nardo céltico para perfumarse la Princesa la cabeza después del baño; los frascos de polvos de nardo índico para suavizarse las manos; los frascos de azahar y de rosa, con otros objetos de la misma especie; ya habrá comprendido el lector, que no es otra que aquella caverna fatídica y misteriosa, conocida en el siglo IX con el nombre de CUEVA DE LA LUNA.

Con efecto; en su fondo sombrío encontramos otra pequeña puerta; y si dejándola atras seguimos un ligero corredor oscuro que se inclina á la izquierda, hallaremos una escalera vertical compuesta de trescientos peldaños ó escalones que salvan toda la altura del peñon. Concluida la escalera, nos conducirá otro corredor subterráneo que se dirige al Mediodia en la longitud de veinte pies, á tropezar de frente con una pared labrada á pico en la misma piedra.

Aquí se oye un ruido sordo y continuado; es el ruido del rio que pasa por encima; y que á favor de una canilla que se abre, colocada en la pared, se introduce con facilidad el agua á cuantas vasijas quieran llenarse desde dentro.

Esta mina tan ingeniosa tiene dos objetos: ofrecer agua potable á los sitiados cuando un largo asedio consuma la del aljibe, y suministrarla además diariamente para el baño de Zahra y para los demás baños del castillo; cuyo servicio estaba á cargo

de ocho eunucos negros, que todas las mañanas regaban también el pasco de arena que desde la plaza fuerte iba al de la Princesa.

La gran esplanada que se forma al Oriente de la plaza de armas, entre el referido pasco y la contramuralla, que en adelante llamaremos LA PLAZA DEL BAÑO, servía para que los musulmanes practicasen sus ejercicios militares.

El plano occidental que se comunica con la plaza del baño por un angosto corredor entre la contramuralla y la plaza fuerte; se conocía con el nombre de EL JUEGO DE LA BALLESTA.

Aquí ejercitaban los atletas sus fuerzas hercúleas; aquí manifestaban su acierto en el tiro de la saeta; pero estas fiestas habían cesado algún tiempo hacia, porque á la tierna Princesa, en cuyo obsequio se habían establecido, repugnaba la presencia de dos hombres luchando bárbaramente; y mas aun, ver caer atravesada por el mortífero proyectil, la paloma que alegre se remontaba por los aires, en busca de su libertad.

Lo que á Zahra agradaba; lo que Zahra repetía con frecuencia; era pasear por los vergeles del alcazar en la primera hora de la noche; en esa hora sublime, en que Dios llenando el firmamento con su espíritu, se apodera del corazón feliz que ha nacido para sentir tales bellezas.

El plano comprendido al Norte, por la muralla y la contramuralla, lo hermoseaban multitud de calles de árboles, de cuyas ramas colgaban caprichosos columpios; y á cuya sombra nacían los diferentes baños de los generales, entre los que se distinguía el del Emir por su banderola blanca.

Al concluir en el Poniente la muralla, formaba sobre la cueva de Marimon, un semicírculo saliente donde estaba el pensil predilecto de Zahra: ella y la naturaleza eran las únicas que tenían parte en aquel jardín, verdadero pensil, porque volaba sobre una gran masa de piedra escarpada, al pié de la cual nace la referida cueva.

Lo rodeaba por dentro del castillo un vallado de rosales y madroños; y en él abrian sus cálices las flores mas hermosas, que la mano de la misma Zahra, regaba, trasplantaba, y cuida-

ba; por cuyo motivo le llamaban los musulmanes EL PARAISO DE LA PRINCESA.

Conocida ya la cámara lujosa de la hija del Emir; los deliciosos jardines contruidos para su diversion; los baños para su comodidad; nos resta solo preguntar:—¿era feliz una jóven que reunía tantos placeres? Una jóven cuya voluntad siempre había sido obedecida...?—Su ánimo padecía mucho: pero ignorando su propio corazon el origen y motivo de sus padecimientos; estaba bien distante de poder, ni aun desear evitarlos. Varias veces exhaló un suspiro en el silencio de la noche; suspiro que la asustaba y queria reprimir, pero era tarde; el suspiro habia desaparecido en el espacio.

Deseoso Abou-Alhama de la dicha y de la gloria de su hija, á quien amaba mas que á su propia vida; la habia prometido en matrimonio al Wali, ó lo que es lo mismo al general de las tropas del castillo.

Jóven este, ilustre y ansioso de palmas, estaba siempre en guerra contra los cristianos, precisándole á ello además, el juramento que habia prestado á Mahoma de sacrificar en sus aras un noble antes de enlazarse á la que habia de ser su amada esposa.

En la actualidad se hallaba ausente; mas semejante ausencia inquietaba bien poco á la Princesa.

Alí, tal era su nombre; era hijo de los Elymas mas célebres del Oriente, y descendía de la tribu de los Mostaleichitas, acaso la mas antigua del Asia. Valiente y perito en la guerra, se prometía alcanzar pronto el honroso título de ALMANZOR.

Sus formas parecian atléticas; su musculatura hercúlea.

Sus hojos negros despedian una mirada atrevida; y su bigote negro y retorcido, contrastaba bien con los labios de carmin. En una palabra; toda su facha era la de un soldado intrépido y decidido.

El anchuroso turbante cubría con arrogancia su erguida cabeza; la gruesa cimitarra pendía con gracia de su cintura; pero ni su valor, ni su antiguo orígen, ni sus títulos, cautivaban el ánimo de Zahra; ni sus ojos, ni su bigote, ni su turbante, ni su cimitarra agradaban á su corazon.

No decimos por ello que Zahra no correspondiese á los obsequios de Ali; se hallaba este en la vigorosa edad de los treinta y dos años; era el musulman mas arrogante de cuantos habia visto; su querido padre le ofrecia su mano como el mejor de los presentes, ¿qué habia de hacer? Niña candorosa y cerrada entre las murallas de un castillo desde su infancia, ignoraba que pudiera existir otro hombre á quien querer, y se resignaba cándida con su situacion sin conocer que lo hacia.

Zahra no aborrecia á Ali, porque no podia aborrecer; pero tampoco lo amaba; y sin embargo su corazon amaba: amaba al sol, á la luna, á las estrellas: amaba las flores, su padre, la caridad...; Cuántas veces se desprendió generosa de una joya, por salvar de la indigencia á una viuda ó á un huérfano de certera; y cuantas... postrada ante los piés del Emir, libró con sus ruegos de los azotes, á un esclavo condenado á semejante pena!..

Pero nos hemos distraído demasiado.

Volvamos á la cámara de la Princesa donde la hemos dejado abrazada con su padre.

— ¡Hija mia; le dice rebosando ternura: ¿Cómo tan descuidada? ya baña el sol tu estrado, y aun estás sin adornarte? ignoras por ventura el dia que es hoy? ¿no recuerdas que se celebra fiesta en la Mezquita por el Emir?

— Ah... sí; contestó Zahra llevándose la mano á la frente: perdon padre, estaba distraida: hoy hace los años que perdisteis aquella batalla en...

— Pues, en las faldas del Moncayo.

— Sí, en la que un cristiano benéfico os libró la vida...

— Sí, hija mia, sí; respondió Abou-Alhama, variando de tono: el noble Hernan cuyo nombre permanece siempre grabado en mi pecho.

Yo me disponia á desjaretar su caballo, cuando una estocada asestada por su escudero en los hijares de mi alazan, me hizo caer en tierra. El mismo que mató mi caballo alzó su tizona contra mi, que tirado en el suelo y oprimido por él peso de mi corcel, esperaba la muerte por momentos: pero Hernan con aspecto sereno lo detuvo diciéndole «La accion reclama nuestro

brazo en otra parte, hemos venido aquí á defender la Pátria no á asesinar árabes.» Y dándome la mano añadió: «Alza moro; el capitán Hernán jamás mata á un vencido; monta otro caballo y medirá tu alfange con mi espada.»

—¡Qué rasgo tan brillante en un cristiano! esclamó Zahra rebotando ternura: muchas veces me lo habeis referido, padre, y cada vez lo escucho con mayor enagenamiento. ¡Que placer tendria yo en conocer á Hernán... no le temeria, me acercaria á él y le besaria la mano, porque él os alargó la suya cuando os hallábais vencido.

—Dices bien, hija mia, contestó el Emir serenándose por grados de la emocion que le habia producido el recuerdo de aquella bazaña y las dulces espresiones de su hija; dices bien, amada mia, pero se acerca la hora de la Chotba (1), y quiero que te presentes elegante y hermosa entre los musulmanes y tus amigas que te esperan con impaciencia. Ponte la marlota bordada en perlas del Africa, y una diadema de brillantes en la cabeza. ¿No me ves á mi con traje de gala? me he quitado el turbante de guerra, y lo he sustituido con el almaizar. Vamos hija mia, quiero que te presentes muy hermosa.

—Voy padre, contestó Zahra levantándose; ya sabeis que no deseo sino hallar medios de agradaros.

En el mismo momento se oyó á lo lejos la voz del Muezzin, que fijo sobre el minarete de la Mezquita, gritaba:

—*No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta; musulmanes acudid á la oracion* (2).

A esta llamada respondió en el castillo un redoble de clarines, á lo que sucedió un ruido confuso de armas, como si un escuadron formidable, se pertrechara para la guerra.

—Vamos, hija mia, dijo el Emir á la Princesa; ¿oyes la señal?

Y asomándose á la ventana continuó:

—El acompañamiento nos espera en la plaza, solo faltamos tú y yo, date prisa.

(1) Nota 1.^a, parrafo 21.

(2) Nota 2.^a, parrafo 20.

Al poco rato se presentaron en la plaza Abou-Alhama y Zahra, radiante la última tanto en hermosura como en rica pedería: y ordenándose inmediatamente el cortejo, se dejaron caer á luego por la calle de Balija.

Una escolta de quince alfaraces, á pié, con lanza en mano, abrian la marcha; seguian el Emir y su hija, rodeados de los jefes del ejército; que á porfía ostentaban sus lujosos trajes: iba despues una orquesta de negros, tocando violines de tres cuerdas, trompas hechas de cuerno de toro, clarines de metal y atabales. Y por último, hacia la retaguardia un batallon de ballesteros de infantería, con anchos calzones negros hasta la rodilla, al huso de su pais; chaquetillas verdes recamadas en plata; alquiceles blancos, y anchos turbantes azules y encarnados con casquete y media luna de acero.

Esperaban á Zahra en el estremo de la calleja, multitud de mancebos y elegantes doncellas, hijas de los generales que formaban su acompañamiento; las cuales como la amaban mucho, y como no podian verla sino de tarde en tarde, cuando bajaba acompañada siempre de su padre á la oracion pública; tenian que aprovechar esta ocasion ellas para abrazarla, y los hombres para admirar cada vez mas su belleza.

Despues de cariñosas y repetidas felicitaciones, penetraron todos al son de las músicas en la Mezquita, que hoy felizmente es un templo dedicado al culto verdadero de Dios, como no ignora el lector, bajo la invocacion del patrono San Gil.



CAPITULO II.

DELICIAS DE ZAHRA.

ERA una de las noches mas hermosas de primavera: guirnaldas de nubes transparentes, suspendidas en la atmósfera, hacían mas variable la luz de las estrellas; y la luna orlada por un disco de topacios, asomaba melancólica en el borde pintoresco de los montes.

Zahra no habia podido conciliar el sueño, y abandonando la cama, abrió los cristales de la ventana, y salió á ella para respirar un aire fresco que templara los ardores de su frente.

Todo dormía: y la Princesa paseaba su vista por los jardines del castillo; por las murallas sombrías; por la multitud de colinas que se desplegaban á su frente; y por las crestas de las últimas montañas, que animadas por el reflejo tembloroso de la luna, parecían otros tantos gigantes que se movían pausadamente por el horizonte.

La vega de Cervera se ofrecía á su derecha, surcada por el Alhama, como un campo de esmeraldas atravesado por una faja de plata.

El silencio de la naturaleza lo interrumpía solo la bandera de

la torre agitada por el céfiro, y la voz monótona del atalaya que de tiempo en tiempo daba el grito de *alería* á los centinelas.

Zahra de pechos en la ventana disfrutaba estos placeres á los que su alma se prestaba mejor que á ningunos otros. Extasiada en un espectáculo tan grande, olvidaba el mundo que tenía á sus piés; y nadaba con la fantasía por los espacios celestes que se abrían sobre su cabeza.

.....Niñas que frísais en los diez y ocho años; vosotras mejor que nadie podeis experimentar tales encantos. Decidme: cuando en una noche del mes de Mayo besan vuestra frente las brisas embalsamadas; cuando tendéis la vista por ese espacio azul donde giran los astros... ¿no sentís dilatarse mas que nunca vuestro corazón...? ¿no sentís arder la sangre en vuestras arterias...? ¿no comprime vuestras sienas un frío glacial...? no advertís nacer en vuestra cabeza un fastasma de colores divinos que se pierde por ese mundo sin fin? ¿no aborreceis vuestra vida real volando cautivadas tras otra vida de amor que vislumbrais allá... muy lejos de vosotras...?

Zahra tenía diez y ocho años; y Zahra sentía con frecuencia palpar su pecho. Inspirada por la calma de la noche, formaba sin quererlo en su imaginación, un ser adornado con el color de las flores, con la luz del paraíso, con las virtudes de su propio corazón: ser que la dominaba, ser á quien amaba sin conocer que lo hacía, y sus ojos pendientes de las estrellas, despedían una lágrima que humedecía sus mejillas de jazmín.

Inmóvil en esta postura continuara hasta la mañana rendida al mágico poder de sus ensueños, sino la hubiera despertado de parasismo tan dulce, el grito de *alarma* que dió el atalaya.

Al grito del atalaya siguieron inmediatamente los de los centinelas; se formó la guardia en un momento; el cabo dió parte al Alnaibe ó capitán de la guarnición; y antes de dos minutos se halló el castillo en estado de defensa. Mil turbantes coronaron la muralla del Norte, mil saetas asomaban por entre las almenas sus puntas emponzoñadas.

Zahra entró en su habitación y cerró las ventanas.

El motivo de tales aprestos de guerra, lo había ocasionado un escuadrón de caballería, que el atalaya distinguió bajar por el

alto de Cuesta clara, la última y mas elevada colina que se descubre por el lado del Norte.

Y no estrañe un alboroto tan pronto y tan inesperado; no estrañe una defensa tan repentinamente tomada: la guerra no se hacía en aquellos tiempos como ahora: en el campo y en los castillos estaba siempre el soldado sobre las armas: las dos religiones opuestas; los dos enemigos se hallaban comunmente amalgamados: el alcázar que ayer fué de los moros, es hoy de los cristianos, y mañana vuelve á ser otra vez de los moros. Las algáras, ó sea las correrías de sorpresa, se hacian de noche las mas veces por ambas partes; y por esto el pueblo de la cruz y el pueblo de la media luna vivian siempre en disposicion hostil.

El Emir habia oido el ruido desde su lecho, y bien pronto se apercibió de lo que podia ser: pero tal incidente no le inquietaba en nada; descansaba confiado en el gigantesco peñon que le sostenia, en las gruesas murallas que le rodeaban; en los valientes soldados que lo defendian; y en la pericia de los jefes que los mandaban.

Pasada media hora, y cuando la guarnicion se disponia á la refriega; dió el atalaya el grito de paz; porque muy próximo ya el escuadron que se acercaba; habia podido distinguir los turbantes y alquiceles al fulgor de la luna; y en el penacho azul que hondulaba gallardamente sobre la cabeza de los caballos, conoció que era la escolta del intrépido Ali, general ó Wali del castillo.

Este mudó bien pronto de aspecto: se encendieron faroles en las almenas, resonaron por todas partes gritos de alabanzas, y aquel ejército amenzador pocos momentos antes, rindió las armas ante su jóven general; que ilustre, valiente, bástago de los Elymas del Asia; prometido á la hija del Emir, juntaba á las honras de su distinguido empleo, los honores anticipados de Príncipe.

En medio del escuadron de alfaraces, que regresaba de sus correrías cargado de victorias, se divisaba un mancebo montado en un caballo tordo, que segun toda la facha debia ser algun noble cristiano prisionero.

Tendría veinte y cuatro años: era de estatura regular, y su cuerpo iba defendido con una armadura de acero brillante. Debajo de la doble cota, colgaba un colete de ante verde con cenefa al remate, bordada en seda amarilla. Sobre la capellina, que le bajaba hasta las cejas, llevaba un boton de plata, del cual partían tres penachos, blanco, el de mitad, y azules los laterales. Su rostro estaba pálido por la fatiga; sus ojos y bigote eran negros.

Alí formó el ejército en la plaza del baño, y colocó en el centro al prisionero. Los musulmanes se hablaban entretanto al oído unos á otros y todos miraban con extraordinaria curiosidad al cristiano.

Un parte subió en seguida al Emir; el Alwacir colocó en la sala de armas, por orden del alcaide, la tizona del cautivo, que obligado con violencia á apearse, fué conducido á la plaza fuerte por una escolta de cuatro almogávares. Aquí se abrió una puerta pequeña de hierro, la cual rechinó sobre sus goznes. Despues de bajar ocho escaleras tropezaron con otra puerta mas gruesa que la primera, y luego penetraron en una mazmorra abovedada, que descubría todo su horror á la luz misteriosa de un farol.

Entonces le calzaron al cristiano recios grillos; le sujetaron las manos con esposas; amarraronle la cintura con una cadena de pesados eslabones; prendieron esta á una argolla de la pared, y se salieron cerrando tras de si las puertas.

Mientras el cautivo cae sobre una piedra, readido por el peso de tanto hierro; mientras comienza á sentir la humedad del calabozo que se halla bajo el nivel del aljibe; mientras la idea de su actual situacion, el recuerdo de lo pasado, y la imagen del porvenir se agrupaban de lleno en su cabeza; el vencedor Alí, dirige de vez en cuando la vista á las ventanas de Zahra, paseándose orgulloso por la plaza, entre guerreros que lo admiran, y entre capitanes que lo felicitan por su nuevo triunfo y por su próximo enlace con la Princesa mas hermosa del Imperio de Abderramen.

Despues de ordenar al Alwacir que se tuviera dispuesto un cordel en las almenas de la Torre, para ahorcar al cristiano

aquella misma mañana; y que una cuadrilla de negros, hiciese acopio de leña para quemar su cuerpo en la plaza, se retiró á su cámara: desfiló el ejército, se apagaron los faroles encendidos en las murallas, y la fortaleza volvió al silencio que disfrutaba antes de la llegada del jóven é ilustre general.

La luna habia declinado hacia el ocaso; el castillo proyectaba su sombra en la ladera de la montaña; y la banderola del homenaje se ajitaba con mas violencia movida por el aircillo de la madrugada.

De repente se dejan oir en la plaza fuerte los sonidos de una jabelina, y el trovador envuelto en un alquicel blanco se descubría en medio de las tinieblas de la noche, recostado al pié del torreón: era Ali, que venia, segun costumbre, á arrullar con sus cantos el sueño de la Princesa.

Concluido un largo preludio; rompió así, con eco mas fuerte que sonoro.

«Ya vuelvo por fin triunfante

De los campos del honor,

Despues de larga partida,

A rendir á mi querida

Entre glorias y entre amor,

Las palmas de mi turbante.»

Esta voz se remontaba hasta el lecho de Zahra, y bajaba hasta el calabozo subterráneo del prisionero.

Esta voz, indiferente á la hija del Emir, desgarraba el corazon del cristiano.

Cargado de cadenas; tendido en el suelo de piedra; sin otra cabecera que una peña, ahogado por la humedad de la mazmorra, y por los suspiros que subian de su pecho, oía los tonos de la jabelina, oía las canciones del Wali, como debe oirse desde el abismo, el ruido que suceda por la superficie del mundo. En medio de los tormentos que sufría, cruzaba por su frente una procesion de imágenes de su perdida felicidad; y todas iban á precipitarse como en un infierno, en el horroroso porvenir que se abría á sus ojos.

Otro nuevo preludio suspendió un momento su fantasía, y luego percibió también al Trovador que volvió á cantar:

«La víctima que ofrecí
Ya mi valor ha encontrado,
Y el juramento que di
De vengar á un padre amado
Antes de enlazarme á tí,
Hoy mismo se verá alzado.»

Entonces conoció el cautivo lo deplorable de su situación.

Como vivían mezclados en una misma provincia, tal vez en un mismo pueblo, moros y cristianos, aquellos no ignoraban las leyes y costumbres de estos, ni estos las de aquellos.

El prisionero sabia muy bien que el Coran impone al musulman la obligación de vengar á su padre ó á su pariente muerto en la guerra, matando á un cristiano de igual valor y nacimiento; y sabia también que algunos mancebos juraban voluntariamente por el Profeta, no tomar mujer en matrimonio hasta haber cumplido el juramento.

Los versos que acababa de oír, despertaron en él, de pronto semejante recuerdo.

—El trovador, se decía á si mismo, es el prometido á alguna dama del castillo, tal vez á la Princesa: un juramento que cumplir... una víctima que sacrificar... retardaba su enlace: ¡esa víctima soy yo! ¡ay padre amado! tus lágrimas afligen mi corazón mas que la muerte... tus lágrimas son gotas de fuego que encienden mi amargura... sí; llorarás... te estoy viendo llorar... capitán invencible en las campañas; impávido á la presencia del enemigo; llorarás la pérdida de tu hijo...

Estas reflexiones de dolor, hechas por un cautivo, por el mas desgraciado de los hombres, en el seno de un subterráneo profundo; correspondían con las reflexiones hechas por una joven hermosa, reclinada muellemente en un lecho de seda cerca de las almenas de la torre.

Zahra, toda inocencia, toda compasión, habia escuchado

las escenas acaecidas momentos antes en la plaza del baño, y de ellas llegó á deducir con acierto, que Ali habia encontrado ya en quien cumplir su juramento; que pronto iba á verse ella entregada á su poder; y lo que mas le aterraba; que aquel mismo día se iba á ahorcar y á quemar en su presencia á un cristiano.

No aborrecia á Ali, como ya dijimos, pero no lo amaba; se sometia á su enlace sin repugnancia, pero sin desearlo: y á no mediar lá voluntad de su padre, sagrada para ella, hubiera tenido mas gusto en permanecer soltera; en esa vida libre de mariposa que gozaba, volando de las flores á su cámara, y de su cámara á las flores; contemplando el espectáculo de una mañana risueña, de una noche tempestuosa, ó interponiendo sus lágrimas con el Emir, para librar del castigo, á algun esclavo infortunado.

Si estas privaciones que esperaba, si esta sujecion suya propia, la inquietaba aunque de un modo lijero; lo hacia con mas vehemencia, la imágen del patíbulo, fija constantemente en su espíritu.

Jamás habia visto un cristiano: los ayos se los dibujaban siempre, ancianos, feroces, de rostro sombrío y ademanes bruscos; pero apesar de todo, en el acto que se iba á consumir en el castillo, solo veia su sensibilidad un hombre luchando con las agonias de la muerte mas cruel; y semejante reflexion, y la llama que consumiria sus miembros; la despertaban, la agitaban, y le hacian buscar medios de evitar á todo trance una escena tan horrosa.

Los suspiros de pavor, ahogados en un subterráneo, exhalados por un jóven que se dispone á bajar á la tumba con serenidad; suspiros á los que respondian los sollozos de ternura que exhalaba una virgen en su elevado lecho; aquella mútua y simpática comunicacion de afectos entre el mancebo que gime aterrado, y la Princesa que se enternece por él casi sin haberlo visto; es interrumpida en su curso por los cantares del satisfecho é inhumano Wali, que pisa con desprecio la mazmorra del uno, y levanta los ojos suplicantes al estrado de la otra.

Enchido de placer, continuó sus trovas de este modo:

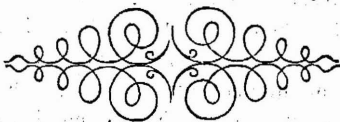
«Y hoy juro por mi pasión,
Esterminar los cristianos,
Acabar á esos villanos
Que no temo nos atajen
Mientras me anime tu imájen
grabada en mi corazon.»

Cuando Ali concluyó la amorosa serenata, asomaba el alba en el horizonte. Una golondrina se paró en las almenas de la torre y comenzó á piar.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



CAPITULO III.

GENEALOGÍA DE ALÍ.

SUPUESTO que ya conocemos á este general; supuesto que ya sabemos que es el prometido de la Princesa Zahra; y asimismo que descende de los Elymas, de los Magos, ó de los sabios mas célebres del Oriente; oportuno nes parece examinar ahora su origen: para lo cual abandonemos el castillo de Cervera, y vaguesmos entre tanto por el Asia, en busca de esa tribu tan antigua, cuyo punto de partida ó cuyo principio, se pierde en la oscuridad de los tiempos.

DALDAL.

Los beduinos errantes del Desierto, como los árabes que viven voluptuosamente en sus ciudades; unos y otros aficionados en estremo á cuentos antiguos; amantes de sus glorias pasadas, y amigos de lo maravilloso; escuchan con sumo placer la historia de Daldal, que trasmitida de padres á hijos, y conservada con exactitud de generacion en generacion, se refiere entre los primeros cuando tendida bajo alguna palmera una familia ó una tribu, goza las noches placenteras del Asia; y entre los se-

gundos, cuando muellemente recostados en los cogines de sus cámaras aspiran adormecidos los incienso de la Arabia.

Pero unos y otros se disputan á porfía la adhesión á consejas difíciles; y la crónica importante de Daldal, tiene suspendido su espíritu y conmueve todas las afecciones de su animo.

Tanto el árabe que duerme tranquilamente en su palacio, como el beduino que arrastra su tienda por el Desierto, se hallan igualmente interesados en conservar y ponderar dicha historia, porque Daldal, este sabio que agitó el Oriente, es hijo de ambas razas; y por ello el beduino y el musulman tienen igual gusto, igual entusiasmo, en oír y relatar su vida.

Nosotros la presentaremos tal como la refieren los Aft (1) de los últimos.

Héla aquí:

Hacia el año 40 de la muerte del Profeta, 700 de la Era cristiana; vivía en la antigua tribu de los Mostaleichitas un joven sombrío y forzado en extremo, que por ser muy aficionado al vino y embriagarse con frecuencia le habian dado el nombre de AL-MESTH (2), que quiere decir *el borracho*.

Sin afecciones y sin moral, vivía entregado del todo á la caza, y á veces luchaba con las fieras, como una fiera lucha con otra fiera.

Un dia, pues, en que turbada mas que de costumbre su cabeza por los vapores de la bebida se alejó bastante del pueblo, extraviándose por terrenos escabrosos y desconocidos, estuvo á pique de ser víctima de un tigre, que le rasgó el muslo de arriba á bajo en toda su estension.

Furioso, y bramando como el Leon á quien él habia herido en otras ocasiones; vagaba por aquellos campos en busca de un socorro que no podia encontrar.

Por último, rendido de cansancio y fatigado por la falta de la sangre, que salia á torrentes de su herida, iba á dejarse caer sobre una peña; cuando descubrió á lo lejos las tiendas de una tribu de beduinos que descollaban sobre las arenas doradas del

(1) Nota 4.^a

(2) Nota 11 párrafo 2.^o

Desierto, como una manada de lobos marinos, sobre las aguas heladas del Océano.

Una vista tan inesperada reanimó las fuerzas decaídas de Al-mesth, y poco menos que arrastrando llegó hasta sus inmediaciones.

Aquí se encontró con una jóven de treinta años, que aunque su facha indicaba ser una miserable, descubría en su rostro tostado por el sol, cierto aire de ternura y de nobleza.

Su vestido compuesto de arapos, consistía como el de los demás beduinos, en el *habbá*, ó sea una túnica larga con mangas, y con un agujero para meterla por arriba: el *Keffie*, ó sea un pañuelo rodeado á la cabeza con tres puntas que cuelgan, dos por las sienes, y otra por la nuca, debajo del cual salía su cabellera prendida en infinidad de trenzas.

Esta jóven que se ocupaba en buscar entre las arenas piedras relucientes para venderlas despues á los ricos de la tribu, con cuyo módico producto se mantenía, se horrorizó á la presencia desastrosa de Al-mesth, y sin poder ocultar su emocion, exclamó:

—Pobre musulman ¿quién te ha puesto así?

—Un tigre: respondió Al-mesth; piedad, que perezco.

Entonces se acercó á él la beduina, y rodeándole al muslo su keffie contuvo la sangre de la herida.

Despues le dijo:

—Mira musulman, yo soy la mas pobre de la tribu; mi tienda es la mas andrajosa; pero si quieres venir á ella, no te faltará un monton de broza en que descansar, y una mujer que te sirva.

Al-mesth no deseaba otra cosa; y tales espresiones de cariño conmovieron algun tanto su corazon de piedra.

Echaron á andar los dos, mas al ver pasar un musulman apoyado en la beduina se alborotó la tribu. El sedir mandó tomar ciertas precauciones; y el anciano, el sabio Nassi-Radin, invocó los dioses contra el forastero.

Al poco rato de hallarse Al-mesth tirado sobre la cama de broza, bajo una tienda de alpillera que se desplegaba humilde, a bastante distancia de las demas tiendas cubiertas de costosas

pieles de tigres y de osos, le dijo la beduina acercándose á su cabecera:

—¿Cómo te llamas musulman?

—Me llamo Al-mesth.

—Pues mira Al-mesth, yo soy la mas pobre de la tribu, ya te lo he dicho, todos me aborrecen sin saber por qué; el Sedir, mandó matar á mi padre; y yo sola en esta tienda, me mantengo con lo que me dan los ricos por las piedras brillantes que busco en las arenas.

Pasado algun tiempo se restableció Al-mesth; y cuando todos esperaban con ansia que marchara á su pueblo, dijo que queria casarse con su bienhechora; y lo verificó al dia siguiente.

Los beduinos se aterraron de aquel enlace hibrido, en que se unian dos religiones diferentes, la de Mahoma y la de Sabá; El islamismo y el politeismo; y al paso que todos preveian en él, la destruccion de la tribu; todos temian el brazo fornido de Al-mesth.

Mientras la beduina y el musulman, cerrados en su miserable choza, sin parientes, sin amigos, bebian la sangre del cordero de las bodas (1); fijo en el desierto el anciano Radin, rodeado de una numerosa concurrencia, que se agrupaba á oírle, esclamaba levantando en alto su djerid (2):

—Beduinos; el fruto de ese enlace hibrido que hoy nos aterra será un monstruo que nos devore, ó un sabio que nos confunda. ¡Dioses del desierto... poned vuestros ojos en la tribu!

Al-mesth trajo luego su Coran y volvió á sus ocupaciones de la caza.

Cuando la beduina se manifestó en cinta se sobreogieron sus paisanos, y hubieran descargado su furor contra ella, á no temer la fuerza y decision del robusto musulman.

Era la víspera del parto, cuando Al-mesth no parecia, contra costumbre, por los alrededores del poblado; y tan luego como el Sedir supo que la beduina estaba llorando en el desierto, la

(1) Nota 3.^a

(2) Nota 5.^a

muerte de su marido despedazado por un leon, mandó que le arrancaran inmediatamente la tienda y se la rasgaran, para que no hallándola á su vuelta, huýera de sus cercanías.

Asi sucedió. Aflijida por los dolores del parto, se dirigia la infeliz entrada la noche, á reclinarse en su lecho de paja; y apercebida pronto de todo lo ocurrido, buscó como las fieras entre las peñas, un albergue donde parir.

Descuellan de trecho en trecho sobre las arenas del desierto, á manera que los escollos en el mar, grandes peñascos llenos de cavidades ó pozas naturales que retienen mucho tiempo el agua llovediza, conocidos entrel os árabes errántes con el nombre de *cucharros*. Junto á estos cucharros se estacionan los beduinos hasta que se agota el agua que contenian, y entonces considerándolos ya inútiles, alzan su domicilio, y marchan ligeros á otra parte.

Muy próximo á uno de ellos, estaba plantada la tribu de que venimos hablando; y en una cueva profunda y de boca angosta, que formaban dos fragrosas peñas, fué donde abandonada de todos se ocultó á sufrir sus dolores ella sola, sin auxilio de nadie, la desgraciada viuda de Al-mesh.

Aseguran los árabes en su cuento, y tal vez razon no dejen de llevar, que toda aquella noche la pasó el viejo Radin en vela; que de la cueva salian tristes quegidos como de una mujer que padecia mucho; que el leon habia abandonado sus cavernas, amedrentando la tribu con sus rugidos; y que un huracan furioso que levantaba mangas de arena hasta las nubes, junto con el rayo y con el trueno amenazaban la destruccion del desierto.

El dia siguiente amaneció sereno.

Nassi-Radin se acercó aunque con temor á la cueva; aplicó el oido y sintió, no los quegidos de una mujer, el eco balbuciente de un niño que lloraba. Se determinó á entrar algo fiado en su mágia, y encontró con asombro, muerta á la beduina, y á su lado una criatura temblando.

Entonces el orgullo hizo su oficio: vió que no era un monstruo el fruto del parto, y como debia ser un sábio, llegó á persuadirse que podria aprovecharse del arte profundo que desarrollaran en el niño las lecciones de su genio protector.

Lo tomó en sus brazos; lo presentó á la tribu, encomió su robusta musculatura; hizo creer que debía ser muy útil en adelante su sabiduría; que el pueblo que lo poseyera tendría en él un tesoro, y que por tales razones se encargaba él mismo de criarlo y educarlo con esmero; lo que aplacó en gran manera los temores de aquella gente supersticiosa.

Como el niño temblaba, efecto del descuido que había experimentado en su nacimiento, y de su complexión altamente nerviosa; le pusieron por nombre DALDAL, que quiere decir *el tembloroso* (1).

Se iba desarrollando prodigiosamente bajo la protección del viejo Radin, como una tierna gacela bajo la madre que la cobija; y su porte arrogante, su rostro espresivo y lleno de fuego, su mirada altiva, llegaron á grangearse la voluntad de los enemigos tan declarados de sus padres.

Daldal cumplió veinte años; y sus formas eran las de un gigante: instruido en la magia que poseía Radin, ya se murmuraba con misterio en la tribu, de un cierto palacio bajo de tierra cuya puerta solo se abría á la poderosa voz de Daldal y su maestro.

Para esta edad le tenía prometido Radin explicarle su origen, que aun le era desconocido; y un día en que los dos, ligados ya por un cariño bastante sincero, se hallaban sentados en un cucharro, le enteró aquel en pocas palabras de su padre, de su madre, y de su nacimiento; del odio que el Sedit abrigaba contra la primera, del temor que todos habían cobrado á su parto; y por último, le hizo saber que dicho temor dependía de ser el fruto de un nacimiento híbrido; del enlace de una beduina con un musulán.

Al oír la relación del anciano, cambió repentinamente la fisonomía de Daldal; arrugóse su frente, cayeron sus párpados, y de una gacela juguetona se convirtió en un elefante sombrío.

No se escapó á Radin este cambio y llegó á sobrecogerle, porque como todos conocía el valor del jóven, y como todos temía su poderoso brazo.

(1) Nota 11 párrafo 2.º y 3.º

—Mi padre fué musulman? preguntó despues de un silencio profundo.

—Sí.

—Y qué es musulman?

—Musulmanes son los que profesan la religion de un profeta que llaman Mahoma.

—Y por qué profesan esa religion? quién les habla de ese profeta?

—Un libro que escribió él mismo con el nombre de Coran (1).

—Y teneis vos el Coran?

—Sí: el de tu padre.

—El de mi padre? exclamó como si un rayo de luz sobrenatural lo iluminara. Dádmelo al instante, quiero leerlo.

—Qué vas á hacer Daldal...? dijo Radin con cierta dulzura mezclada de temor. Qué te importa á ti de Mahoma? deja esas quimeras y vive en la religion en que has nacido.

—Quiero leer el Coran; respondió con voz de trueno: mi padre lo leyó tambien.

Radin lo dejó solo, y pasado un momento, volvió con dos libros escritos en pergamino, el Coran y el Suna (2).

—Toma, leelos si te empeñas, le dijo al presentárselos: mañana me darás tu parecer.

Daldal se retiró muy lejos de la tribu, y despues de repasar el primer libro se quedó anonadado. Veia una religion mas grande (3), mas satisfactoria que la que aprendió en su infancia. La fuerza de su genio, superior al de sus compañeros y maestros, ansiaba una religion como esta. La unidad de Dios, de que jamás habia oido hablar, henchia su espíritu: la misión de Mahoma, su viaje por los cielos, las soñadas delicias de su Paraiso; todo lo llenaba de deseos y de placer. Daldal tenia talento. Si Daldal hubiera conocido otra religion mas sublime que la de Mahoma, no hubiera sido musulman.

(1) Nota 1.^a, párrafos 8, 9 y 10.

(2) Nota 1.^a, párrafo 11.

(3) Nota 1.^a, párrafo 22.

Despues leyó el Suna y quedó maravillado.

Satisfecho como estaba, con la mágia que el sabio Radin le habia enseñado, sintió aplastarse en un momento su orgullo, al leer los grandes magos y cabalistas que nombraba semejante historia. Pero su asombro, su emulacion, sus deseos, rompieron todo límite cuando pasó la vista por aquellas páginas que dicen:

«El judio Lobeid que habitó en el Kaibar, quiso encantar á Mahoma, rodeandole al cuello la cuerda invisible de los once nudos. El profeta, por un rasgo de su ciencia divina, conoció al instante que lo ahogaban, y comenzó á recitar los versículos 113 y 114 del Coran, escritos contra los encantos. Viendo esto las hijas de Lobeid, soplaban con fuerza en la cuerda, pero la oracion del Profeta tuvo mas influencia que sus soplos, y la cuerda se desató (1).»

Daldal se rindió á tanto prodigio.

—Qué es esto? se decia á si mismo: yo me creia sábio y no se nada; mi maestro tampoco sabe nada...

Y brillando en sus ojos un rayo de esperanza :

—No; no viviré tranquilo, exclamó, hasta que el mundo admire en mi poder la cuerda invisible de los once nudos.

Al dia siguiente se le presentó el viejo Radin, segun le habia ofrecido; y sin dar lugar á que hablara; Daldal con la misma entereza que el dia anterior le habia dicho: «Yo quiero leer el Coran» le dijo entonces:

—Yo quiero ser musulman.

—Hijo, no sabes lo que deseas, exclamó Radin afligido; abandonas nuestros Dioses...

—Quiero ser musulman, y quiero predicar el islamismo á los beduinos.

No dice mas: corre y se presenta en medio de la tribu, donde ya ejercia prestigio por su valor, ponderando las escelencias, las ventajas de la religion de Mahoma sobre la que ellos profesaban, y la tribu encendida por sus enérgicas razones se agita indecisa al escucharle.

El Sedir ve desplomarse su pequeño imperio bajo la voz de

(1) Nota 6.^a